

# CRÓNICA MERIDIONAL.

DIARIO LIBERAL INDEPENDIENTE Y DE INTERESES GENERALES

Año XV.

Jueves 26 de Febrero de 1874.

Número 4185.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Madrid 22 de Febrero de 1874.

S. Director de LA CRÓNICA MERIDIONAL.

La cuestión política se planteó ayer en el Consejo de ministros por el general Zavala á quien sus padecimientos físicos impiden continuar en el ministerio de la Guerra. Como es natural tratándose ya de una crisis se creyó prudente resolver al mismo tiempo el importantísimo asunto de dar al duque de la Torre las facultades necesarias para que su autoridad esté sobre la del ministerio que se forma.

En el Consejo de ayer no llegó á decidirse nada y en el de hoy y en los que se celebren estos días tratárase ampliamente la cuestión.

Como aquí preocupan siempre mucho más las cuestiones de principios que las de personas el público que de política se ocupa lo hace para fijarse más en estos momentos en los ministros que pueden salir ó que pueden quedar en el gabinete que las cuestiones de principios á que puede dar lugar la modificación ministerial.

Anoche se hablaba de la salida de los ministros radicales quedando los conservadores, pasando el Sr. Sagasta á Gobernación y esforzando el gabinete con los Sres. Pavia en Guerra; Ulloa en Estado; Romero Ortiz en Gracia y Justicia y Candau en Hacienda. Esta tarde se aseguraba que la modificación se haría en sentido radical formándose un ministerio de hombres de esta partido bajo la presidencia del Sr. Topete.

El general Pavia dice que no quiere formar parte de ningún gabinete.

Tan distintas opiniones acreditan que no se sabe nada de cierto, mejor dicho que no hay nada acordado hasta el momento en que escribo á V.

Creo lo más probable la formación de un ministerio bajo la presidencia del Sr. Topete y del cual no formen parte los Sres. Sagasta y Martos para evitar toda rivalidad entre radicales y conservadores ó al menos aminorar las que hoy existen.

Por de contado este ministerio supone que al duque de la Torre se le nombre presidente de la república y aquí entran naturalmente las dos cuestiones de reforma constitucional y de plebiscito.

Hay quien cree que por ahora y para no agitar la opinión pública no

se tratará de consultar al país en ninguna forma, pero en tal caso tampoco se unirá á la situación los republicanos que reconocen por jefe al Sr. Castelar.

En mi opinión si predomina en la modificación ministerial el elemento radical, se harán las reformas constitucionales y el plebiscito y se formará enseguida un ministerio de conciliación bajo la presidencia del Sr. Castelar.

Si por el contrario el nuevo ministerio es de mayoría conservadora y sobre todo si el Sr. Sagasta tiene á su cargo la cartera de Gobernación no habrá que pensar por ahora en plebiscito.

Dícese que por el último correo ha enviada su dimisión el capitán general de Cuba Sr. Jovellar. Ignoro si la noticia será cierta, pero si lo es la dimisión debe fundarse en causas ajenas á la confianza que el gobierno actual inspiraba la primera autoridad de Cuba y que según noticias era completa.

Todavía esta tarde no se tenían noticias de ningún encuentro en el Norte, pero se cree seguro recibir las mañana pues el ataque de Portugalete por la escuadra demuestra que el temporal ha cesado.

El gobierno no ha querido aceptar la dimisión que ha hecho el general López Dominguez del mando del ejército del Centro, sin duda fundada en no contar con todos los elementos necesarios para combatir con éxito á las facciones.

L. N.

## LAS ESTANQUERAS.

Relación de una desdicha vulgar.

POR D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

(Conclusion.)

III.

En el estanquillo de San Fernando, el placer de las noticias recibidas hasta entonces se trocó en una triste inquietud. Emilia, que era tan puntual, no escribía; y el sobrino, que era tan cariñoso, no hablaba en una carta mas que de sí, poniendo al pie: «A tia Emilia no la veo; estará muy ocupada dando los pasos: en toda esta semana no puedo salir del cuartel.»

Los amigos de la tienda se interesaron tanto en el lance, que fueren

á preguntar á la casa de comercio por donde se giró la letra si estaba cobrada. Miraron el libro y vieron que no. Entonces aconsejaron á las hermanas que se pusiera una segunda letra, por si la anterior carta se habia perdido; lo cual fué corroborado por la llegada con atraso de la última de Emilia, en que se dolía de la situación probable de sus hermanas tanto como de la suya propia. Se mandó inmediatamente otra carta y un telegrama; pero este último no pudo correr porque los carlistas ó los cantonales habian cortado los hilos. Así pasaron ocho dias mas. En el estanco ya no se discutía, se lloraba.

Con fecha de 3 de enero escribe el sobrino que Emilia se halla enferma; que él ha abierto una carta de sus tias, y se aflige en pensar lo que están pasando con el embolismo de las cuentas por falta de la persona que sabia llevarlas; que pide á Dios misericordia para todos, y que cuando le sea posible tomará el camino de San Fernando. Esta carta se comentó ya, no solo en la humilde tienda de las hermanas, sino en el extenso círculo de cuantos se iban haciendo partícipes de su deplorable situación. No habia duda en que el sentido de las frases del soldado era siniestro.

Del 3 al 15 no hubo carta: el 16 amaneció cerrado el estanco. El 17 de enero volvió á abrirse con otras caras que, para terror de las personas amigas, se mostraban alegres. La señora de los sellos se atrevió á preguntar, y le contestaron: «Ya no están aquí; una se ha muerto y las otras se han perdido; quiere Vd. del interior ó de fuera?»

En el patio del Cambiazo, lugar el más miserable y sucio de la isla; en una habitación de entresuelo, sin luz propia, sin aire, y hasta olvidada, si nos es permitido decirlo, de la mano de Dios, allí encontró la señora recogidas á las dos hermanas, todo ojos para llorar, todo clamores para pedir la muerte. El sobrino habia salido el dia 12 del cuartel, y el 8 habian enterrado á Emilia en el hospital. Ni lo vió siquiera.

Hoy hay en Madrid una persona encargada de rescatar por cinco duros las ropas de la jóven que están en se-

questro; el quinto debe andar caminando para Cádiz á pié y por tránsitos de tropa; y tú, Emilia, pobre Emilia; desdichada y sin par criatura, cuyos terribles tormentos te han llevado al sepulcro sin que lo sepa nadie, ¿por qué cuando vagabas por esas calles de Madrid que desconocías, luchando con los secretos placeres de tu triunfo y los hondos pesares de tu escasa fortuna; por que cuando mirabas á las caras alegres y á las gentes dichosas que te estorbaban el vacilante paso, no te fijaste en la nuestra ó en la de algunos de los muchos á quienes el corazón impulsa en momentos especiales para creer y remediar las desgracias del prógimo, contándoles tus apuros y tu aislamiento? ¿Por qué no referistes tus penas á los señores de la carta, ó al ministro de Marina, ó al de la Guerra, que tan cariñosos estuvieron contigo ó al propio soldado cuya libertad y fortuna acabas de obtener? ¿Cuál era el tamaño de tu vergüenza, cuáles los perfiles de tu pudor, para devorar dentro de tí misma, sin decirselo á nadie, hambres; miedo de volver á tu casa, calentura, desnudez y abandono absoluto? ¿Qué pasaba ya en tu pobre naturaleza cuando te atreviste á pedir una manta, cuando solicitaste de tus acreedores un refresco, cuando viste que dos hombres te echaban medio desnuda en la camilla de los apastados, cuando entraste en la sala del hospital, cuando se agravó tu pestilente dolencia, cuando te sacramentaron, cuando estertoraste, cuando moriste? ¿Qué visiones llenaron de amargura tus últimas horas, ó que beatífica esperanza pudo despertarse en el último momento?

¡Duerme en paz, pobre jóven, en esa fosa común, donde descansan los muertos desconocidos y donde todas las desdichas humanas encuentran fin. Las lágrimas de los pobres estanqueras de San Fernando y las que en esta instante arrasan los ojos de cuantos leen esta tu verídica historia, son tu sufrimiento religioso, tu glorificación humana y las flores para la corona de tu martirio!

Si, amigo Sr. de Carlos: ya conoce Vd. la historia de las estanqueras. Haga Vd. insertar en su periódico este escrito para que llegando á noticia de

## FOLLETIN

HOMBRES Y COSAS DE CARTAGENA, por J. Luciano Combarz, de la Commune de Paris.

(CONTINUACION.)

«Arrastrarlo! Arrastrarlo!...» Y se me empujó á culatazos hasta la puerta del Muelle, y sin duda iba á pisar, arrastrado vivo, como el cadáver de Héctor, por las calles de Cartagena, cuando un piquete de soldados de la fuerza dispersó aquella multitud de furias y bacantes modernas, y me condujo preso al ayuntamiento, donde celebraba habitualmente sus reuniones la junta del canton murciano.

El salon se hallaba vacío y espere. Al cabo de dos horas se me restituyó la libertad; pero cuántas formalidades tuvieron que lle-

narse, porque mi calidad de comunalista, cambiada por la ignorancia general en la de comunista, asustaba á los hombres del canton murciano, que debian llegar á ser muy pronto más despóticos, más absolutistas, más autoritarios que los más autoritarios y despóticos de la «Commune» de Paris, y el Ponton de los calabozos de Galeras son mas horribles, más ilegales que la muerte de monseñor Darby, porque esta fué un acto impremeditado de una muchedumbre excitada por cuatro dias de fuego y lucha continuados, en tanto que en estas dos prisiones, una cerca de las ruinas y la otra bajo el agua, morian lentamente y a la vista de sus verdugos muchos hombres víctimas de actos calculados de avosa premeditacion.

Después supe que el gigante rubio que me habia llamado prusiano era el famoso raquinista inglés Peters.

Tal fué mi debut en la escena de la federacion, bien poco dichoso en verdad.

Pues bien; el desolace es mas triste aun,

no porque me encuentre preso y tratado como un vencido, sino porque á bordo de la «Numancia» el dia del fin de la cosa perdí mis últimas ilusiones sobre la honradéz política de una multitud de ciudadanos, ministros, delegados, coroneles, miembros de la junta y otros interesados en el comercio cantonal.

He hallado la palabra: era para ellos un comercio, una especulacion, cuyo secreto no llegué á descubrir hasta ese dia.

Los buenos, los honrados eran pocos.

La continuacion de mi relato lo probará. Entiéndase que hablo de los jefes.

Y, puesto que acabo de contar mi debut en el seno de la federacion, permitidme contar desde luego, —mi corazón palpita aun al recordarlo, — como abandoné la escena cartagenera el dia del fin, y luego me esforzaré en seguir mi relato sin nuevas digresiones, sin paréntesis sin volver á mis actos ó á los de otros, porque para manejar el paréntesis y la digresion con gracia, es preciso el talen-

to de Sterne ó de mi compatriota X. de Maistre, y yo no lo tengo.

Por ahora quedaremos en el conflicto cantonal prusiano, que se resolvió con gran perjuicio del canton murciano, porque después de haber dejado en tierra las tripulaciones de los dos barcos, la Prusia los rató, de acuerdo con el almirante inglés.

He preguntado á mis compañeros de prision si tenia el derecho de clavar en las paredes, como hacen los niños con los mochnos, los nombres de los que han hecho traicion al pueblo, de los que le han abandonado de un modo tan raro y misterioso.

Mis compañeros han dicho: «¡Si, habla, escribe!»

Y escribo y hablo bajo su inspiracion.

(Continuará.)